



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11771

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 1 DE FEBRERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA MUJER
CLARITA GALVACHE Y ARROYO
Ha subido al cielo á la edad de 32 meses.
Sus afligidos padres Don Mariano y Doña Maria del Carmen, y hermano Mariano, abuelos, tíos, tíos políticos, primos y demás familia, con profundo dolor, participan á sus amigos tan irreparable pérdida.
Escombreras 1.º Febrero 1901.

el viaje al jurado y a numerosos testigos y evita al Tesoro gastos de importancia. Y como esta cuestión del dinero es la más importante de todas, porque la mayoría de los jurados no son ricos, los testigos son en su casi totalidad pobres y al Tesoro nacional no atraviesa una situación muy desahogada, ni desahogada siquiera, la conducta de los magistrados que el lunes se constituirán en tribunal de justicia en el Ayuntamiento, merece toda clase de alabanzas.

Por nuestra parte no escaseamos los aplausos ni nuestro agradecimiento.

Donde menos se piensa salta la liebre y hay que vigilar mucho por si da el salto.

Después de todo, más vale un por si acaso que un quien pensara.

FROGMORE

Donde reposará la reina Victoria

En las inmediaciones de Windsor existen unos jardines preciosísimos que son la admiración de cuantos los visitan. Allí hay robles tan notables por su corpulencia como por su venerable antigüedad, pues datan de la época de las Cruzadas; allí pueden verse rosales de el año, pues hay tal profusión de variedades de ellas, distintas en color, en magnitud y en la época de su floración, que antes que desaparecieran las unas, ya están otras abriendo sus corolas.

Bellísimos ejemplares de las alivias sagradas del Egipto lucen sus flores amarillosas y de aroma delicioso; blancos nifetos (la rosa favorita de la reina Victoria) conservan semanas enteras su olor y su belleza.

En toda su extensión y en todos sus detalles los jardines de Frogmore, que así se llaman, muestran el exquisito gusto y la constante solicitud con que los cuidan.

En medio del follaje se alza un edificio de estilo románico, formado por dos cuerpos que se cortan en cruz, y coronado por una cúpula octogonal que se levanta en su centro.

En 1862, los restos del príncipe Alberto, el que fué esposo de la reina Victoria, y donde, seguramente, también descansará ella.

El interior del mausoleo constituye una gran rotunda con cuatro capillas laterales, correspondientes á las cuatro esquinas del edificio. En el centro de la rotunda, justamente debajo de la media naranja que forma la cúpula, se halla la tumba del príncipe Alberto. Una estatua yacente, representando á éste, la remata, y las de cuatro ángeles en pie, que cubren las esquinas. Cruces de flores, guirnaldas, palmas y rosas naturales adornan perpetuamente el monumento.

En las temporadas que la reina pasa-

ba en Windsor, los jardines de Frogmore constituían su paseo favorito. No lejos del mausoleo existe un pabellón con su baranda adornada de enredaderas y la techumbre cubierta de lias. Allí solía descansar la soberana y tomar su té por las tardes y aun su desayuno muchas mañanas, haciendo solo llevar desde el castillo.

Es, pues, seguro que en Frogmore reposarán sus restos al lado del que fué tantos años en vida su amado compañero.

V.

Moltke y la paz universal

La idea respecto á la paz universal es tan nueva como parece. Moltke, el estratégico alemán, en 1841 decía las siguientes frases á la idea de una paz universal:

«Me confieso abiertamente partidario de la idea de una paz europea universal, idea que hasta ahora provoca la burla de muchos. No quiero decir con esto que crea que desde luego ya no habrá guerras, que podrán disolverse los ejércitos y fabricar rails de ferrocarriles con los cañones, no; pero todo el trascurso de la historia nos muestra una paz universal.

«No vamos en un principio luchar los hombres entre sí á brazo partido. En la Edad Media lucharon los caballeros y barones con las ciudades hasta que los soberanos acabaron con tal estado de cosas reclamando como exclusivamente suyo el derecho de hacer la guerra.

Y hoy por hoy ¿podría sostenerse una guerra como la de sucesión española ó una guerra «entre les beaux yeux de madame»? ¿Podría Holanda romper las hostilidades por causa de alguna provincia, Nápoles á causa del monopolio de azufre, ó Portugal á causa de la navegación sobre el Duero? Unicamente á un número muy reducido de potencias le es dable hoy día inquietar al mundo entero.

Las guerras serán cada vez más raras, porque se han visto caras sobremano; positivamente por lo que quedan y de un modo negativo por lo que hacen esperar.

LA AUDIENCIA EN CARTAGENA

Por primera vez desde que la audiencia de esta población fué suprimida, va á actuar en Cartagena el jurado de esta ciudad. Las quejas de jurados y testigos, que sufren en sus intereses perjuicios enormes teniendo que trasladarse á Murcia; las excitaciones de la prensa en pro de las economías y las gestiones del Ayuntamiento, han decidido á la sección segunda de la audiencia á trasladarse á esta población, con el fin de verificar aquí las vistas de las causas de este juzgado que hasta ahora venían celebrándose en la capital de la provincia.

Esta decisión de los magistrados de la sección referida, quita todo valor á las quejas de los jueces populares, que ya no verán una carga en el cargo que les está conferido. Entre el perjuicio que se les hacía antes obligándolos á trasladarse á Murcia durante diez ó doce días y ocuparlos aquí cuatro ó cinco horas diarias, hay una diferencia

tan grande que no podrán menos que agradecerlo.

Lo mismo sucederá con los testigos. Desde el momento que no se les aleja del hogar ni se les obliga á gastar en viajes dinero que en muchas ocasiones ha de pedirse prestado al amigo ó al usurero, sus quejas serán baldías, porque si se les distrae algunas horas en su profesión ú oficio será á cambio de abonarles el jornal.

Tiempo hace que se viene debatiendo en la prensa la cuestión de si deben constituirse los tribunales juzgadores en las localidades de los respectivos jurados. Los vientos de economía que por todas partes circulan lo aconsejan, pero la respetabilidad de la toga aconseja lo contrario; y de ahí que ambas opiniones hayan sido sostenidas con firmeza.

Sin embargo, del choque de ambos criterios ha nacido una resultante, —el beneficio del Tesoro— y el patriotismo que arrastra á los magistrados como á todos los españoles, va imponiendo la solución para que el jurado funcione en bien de todos.

La sección segunda de la audiencia provincial viniendo á administrar justicia á Cartagena, ahorra

TIJERETAZOS

Dice un colega: «Para algo había de servir el duque de Tetuán.»

Para que el Sr Silveira haga frases á su costa.

Y para decir *nonnes* cuando pretende adelantarlo el de la daga florentina.

Y es probado que le hace menos mala al duque una frase del jefe de la Unión Conservadora, que la que le causa á éste un no de aquél.

Este duque se muestra irreductible.

Ahora resulta que aquel comisionado inglés que fue á ver al jefe boer Botha para hablarle de la paz, y que, después de Londres que fué fusilado, murió de muerte saludable, como decía el alcalde aquel en los partes que enviaba al gobernador con motivo del cólera.

Ya que la censura se ejerce para evitar la propagación de noticias mentirosas, debió rechazar esa del fusilamiento. ¿O es que se dejó pasar porque desprestigiaba á los boers?

Dice un periódico:

«Acercos de los carlistas, díjase cuanto se quiera en España y en otras regiones de Francia, es lo cierto que en el Rosellón se toma á broma cuanto con la supuesta agitación se dice y se comenta.»

No te fies.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 197

EL REY LEAN DE LA ESTEPA 198

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 201

estamos en medio del río, la orilla dista treinta pasos de nosotros.

—¡Filofei!—exclamé.

—¿Qué se ofrece?—contestó.

—¿Cómo qué se ofrece? ¿Dónde estamos?

—¡En el río!

—Ya lo veo; pero, vamos á ahogarnos. ¿Es así como pasas el vado?... Estás durmiendo, Filofei: contesta.

—Me equivoco unas máxas—dijo al fin mi coche-ro.—¡Por mis pecados! me torcí demasiado á la izquierda. Ahora hay que aguardar.

—¡Como es eso de aguardar! ¿El qué?

—Es preciso que se oriente el de la cabeza peluda; y á la parte donde se decida, habrá que ir allí.

Me incorporé sobre el montón de heno. La cabeza del caballo de varas no hacía ningún movimiento sobre el agua; todo cuanto podía verse al clarísimo fulgor de la luna, era que una de sus orejas se movía con lentud, tan pronto adelante como atrás.

—¿Pero, también duerme tu cabeza peluda?

—No, *barin*; está ocupado en husmear el agua.

Y todo volvió á quedar en silencio. No se oía más que el leve rumor de la corriente. ¡Aquella luna, aquella noche, aquel río y nosotros dentro!... Acabé por quedarme petrificado.

—¿Qué son esos silbidos?—pregunté á Filofei.

—Serán erias de ánade, entre los juncales; ó tal vez culebras.

De pronto se agitó con violencia la cabeza del caballo de varas, irguió las orejas, resopló con ruido...

—¡Ohó, ohó!—prorrumpió Filofei á grito pelado; y levantándose ovan largo era, hizo esos con la tralla del látigo. En seguida se vió el *tarantas* como arrancado y lanzado adelante á través de las ondas; luego avanzó, zangoloteándose á diestro y siniestro. En los primeros instantes me pareció que aún bajábamos más; pero tras de valvenes y zambullidas, de pronto pareció bajar el nivel del agua, que continuó huyendo mientras el *tarantas* sobresalía más cada vez de la superficie líquida. Al fin aparecieron de repente las colas de los caballos y las ruedas del coche; hasta que, por último, levantando grandes haces líquidos que se esparcían trocados en diamantes... no, en safiros... á la azulada luz de la luna, los caballos nos llevaron de un tirón á la ribera arenosa y siguieron por la cuesta del camino, braceando con elegancia y á compás los mojados y relucientes cascos.

Pues bien, ocurrióme entonces si irá Filofei á decirme: ¿No vé V. como tengo razón? ó cualquiera otra cosa parecida. Pero no dijo ni una sola pala-

Otra vez me desperté, y no por mí mismo, sino por la voz de Filofei:

—¡*Barin, barin!*

Me levanté; el *tarantas* se hallaba parado en medio de la carretera, en una llanura enteramente plana. Volviéndose hácia mí desde el pescoate, y con los ojos muy abiertos (no me había imaginado que fueran tan grandes), murmuraba con voz misteriosa:

—Se oye ruido...

—¿Qué dice?

—Digo, *barin*, que se oye ruido. Así que escuche... ¿Oye V.?

Saqué la cabeza del *tarantas*, contuve el aliento, y oí efectivamente lejos, muy lejos, detrás de nosotros, como un ruido débil y con intermitencias de ruedas que rodasen.

—¿Oye V.?—repliqué Filofei.

—Sí—repliqué;—es un carruaje cualquiera.

—Pero, ¿no oye V. allá ahora unos cascabeles... y alguien que silba?... Quitese el gorro y oirá usted mejor.

Nome quité el gorro, pero agucé oído.

—Es verdad. Pero, ¿qué consecuencia sacas de eso?

Filofei se volvió hácia los caballos, y recogió riendas.